

EN LA POBREZA Y LA RIQUEZA

Gregorio Suárez Vásquez

Alumno de la Facultad de Teología, Pontificia y Civil de Lima
Diócesis de Lurín - Lima Sur

I NTRODUCCIÓN

La verdad sobre el hombre, la libertad, el amor

En el mundo actual, en el que se están difundiendo algunas concepciones equivocadas sobre el hombre, sobre la libertad y sobre el amor humano, no debemos cansarnos nunca de volver a presentar la verdad sobre la familia, tal como ha sido querida por Dios desde la creación. Por desgracia, está aumentando el número de separaciones y divorcios, que rompen la unidad familiar y crean muchos problemas a los hijos, víctimas inocentes de estas situaciones.

Enseñanzas de Benedicto XVI (2-2006)

Un estudio del entorno y contorno hecho el año pasado (2008) en la Diócesis de Lurín revela que en muchos hogares los hijos se unen prematuramente, sin ser capaces de mantenerse por sí mismos. Ante esta situación los padres incrementan el núcleo familiar acogiendo a sus hijos, parientes y amigos. Esto da lugar al crecimiento de las familias en viviendas de poco espacio produciéndose un hacinamiento, lo cual genera en muchos jóvenes sentimientos de frustración. Algunos de ellos se conforman, mientras otros luchan por superarse, por independizarse del hogar y ubicarse en los nuevos espacios urbanos (generalmente en lugares más apartados).

En el estudio que se realizó sobre la situación de convivencia de las parejas, se encontraron los siguientes resultados: el 15.8% corresponde a parejas casadas civil y religiosamente, el 2.3% son casados solo religiosamente, el 14.7% son casados solo civilmente, el 26.0% son convivientes, y el 41.1% forman parte de otras situaciones como: padre soltero, madre soltera, viudo, divorciado.

Como podemos apreciar la mayoría de las parejas de la población ha optado por la convivencia (26.0%), siendo importante también la cantidad de aquellos que solo han contraído matrimonio civil (14.7%). De este modo, si excluimos a los que no tienen pareja, los nuevos porcentajes indicarían que -de los que actualmente hacen vida de pareja- el 31% de la población se ha casado por la Iglesia, mientras que el 69% se encuentra al

margen de este sacramento. Esto refleja que el matrimonio religioso aún goza de respeto; sin embargo, tanto el matrimonio civil como la convivencia son vistos ahora con mayor condescendencia. Obviamente, estos resultados exigen profundizar más en determinar las causas de por qué una población adulta, mayoritariamente católica, no se casa o tarda mucho en "casarse por la Iglesia".

Existe un 58.9% que ratifica la condición sociable del ser humano (casados o convivientes). En todo caso ratifica su condición de apostar por vivir al interior de un círculo familiar. El 26.0% apela a una práctica andina (servinakuy) por el gasto que les ocasiona el matrimonio porque los ahorros bien podrían emplearse en buscar un techo donde habitar. Si se desea optar entre el matrimonio civil y religioso, la mayoría prefiere lo civil. ¿Qué expresa esto? ¿Es más sencillo? ¿Es más económico? ¿Hay menos compromiso?

Un punto a investigar podría ser en cuanto al 15.8% ¿cuánto han influido los matrimonios masivos y comunitarios?

Entre los que están casados por la Iglesia, causa sorpresa el alto porcentaje de convivientes. Algunos adultos sienten pena, preocupación, frustración, desesperanza y hasta mortificación por no poder contraer matrimonio católico, lo que no sucede con muchos jóvenes que se muestran indiferentes a la unión matrimonial considerando incluso que tiene el mismo valor que la convivencia. En algunos casos existen sentimientos de inseguridad y rechazo a la unión matrimonial por temor al fracaso. En general, existe preocupación por esa situación la cual se atribuye a la falta de medios económicos (para la fiesta), educación y valores.

Todos los resultados permiten concluir que en las parejas que se encuentran dentro de la diócesis no hay una verdadera conciencia de lo que significa el matrimonio, aún en las parejas que han recibido el sacramento.

Se hace necesaria una reflexión más profunda sobre el sentido del matrimonio dentro de un compromi-

so católico. El matrimonio no puede reducirse a las meras relaciones sexuales de la pareja, no se trata tan sólo de una convivencia, es menester ver en él una institución. Esta institución no hay que entenderse únicamente en sentido legislativo, de conformidad con las leyes, de lo que popularmente se conoce como el llamado "papelito manda", es decir como un simple contrato. Se hace necesaria una preparación mayor para asumir de manera responsable las implicancias del matrimonio.

Una de las razones que influye en el estado de las parejas es justamente su inmadurez. Muchas de las parejas existentes se han unidos desde muy jóvenes, el promedio de edad para contraer matrimonio es de 20 a 24 años, algunas veces después de terminar la secundaria. Esto tiene repercusiones en la manera de asumir su vida porque carecen de autonomía económica y de medios, además en dichas parejas no hay una conciencia plena del matrimonio y de su fe; como muestran los índices porque la gran mayoría de ellas opta por la convivencia. No se puede soslayar, además de las razones manifestadas existen otros factores, pero también esa realidad constata que hace falta un mejor trabajo en la pastoral familiar.

No es necesario inventar una forma específica o nueva de trabajo, sólo basta seguir con aquello que la Iglesia, iluminada por la fe, nos da a conocer acerca del bien precioso del matrimonio y de la familia y acerca de sus significados más profundos. Ella siente una vez más el deber de anunciar el evangelio, esto es "la buena nueva", a todos indistintamente, en particular a aquellos que son llamados al matrimonio y se preparan para él, a todos los esposos y padres del mundo. Sin embargo, se requiere estrategias efectivas para llegar a las personas a fin de ser asertivos y el trabajo pastoral rinda sus frutos. Sabemos que la Iglesia está íntimamente convencida de que sólo con la aceptación del evangelio se realiza de manera plena toda esperanza puesta legítimamente en el matrimonio y en la familia.

Queridos por Dios con la misma creación, matrimonio y familia están internamente ordenados a realizarse en Cristo y tienen necesidad de su gracia para ser curados de las heridas del pecado y ser devueltos al principio, es decir, al conocimiento pleno y a la realización integral dentro del designio de Dios.

En un momento histórico en que la familia es objeto de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla, la Iglesia, consciente de que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente vinculada al bien

de la familia, siente de manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia, asegurando su plena vitalidad, así como su promoción humana y cristiana, contribuyendo de este modo a la renovación de la sociedad y del mismo Pueblo de Dios.

Cristo ha revelado cuál es la fuente de vida suprema para todos y, por tanto, también para la familia: "Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los amo. Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos". (Jn. 15,12-13). El amor de Dios mismo se ha derramado sobre nosotros en el bautismo. De ahí que las familias están llamadas a vivir esa calidad de amor, pues el Señor es quien se hace garante de que eso sea posible para nosotros a través del amor humano, sensible, afectuoso y misericordioso como el de Cristo.

Junto con la transmisión de la fe y del amor del Señor, una de las tareas más grandes de la familia es la de formar personas libres y responsables. Por ello, los padres han de ir orientando y desarrollando en sus hijos el sentido de una auténtica libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si los hijos ven que sus padres y, en general, que los adultos que les rodean viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir, que les ayudaría a superar con aciertos los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana. Además, cuando la familia no se cierra en sí misma, los hijos van aprendiendo que toda persona es digna de ser amada, y que hay una fraternidad fundamental universal entre todos los seres humanos. De esa manera, la verdadera naturaleza y nobleza del amor conyugal se revelan cuando éste es considerado en su fuente suprema. Dios que es Amor es el padre de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra.

El matrimonio no es, por tanto, efecto de la casualidad o producto de la evolución de fuerzas naturales inconscientes; es una sabia institución del Creador para realizar y continuar en la humanidad su designio de amor. Los esposos, mediante su recíproca donación personal propia y exclusiva de ellos, tienden a la comunicación de su ser en orden de mutuo perfeccionamiento personal, para colaborar con Dios en la generación y en la educación de sus nuevas vidas.

En los bautizados el matrimonio reviste, además, la dignidad de signo sacramental de la gracia, en cuanto representa la unión de Cristo y de la Iglesia.

El amor esponsal es, ante todo, un amor plenamente humano; es decir, sensible y espiritual al mismo tiempo. No es, por tanto, una simple efusión del instinto y del sentimiento sino que es también y principalmente un acto de la voluntad libre, destinado a mantenerse y a crecer mediante las alegrías y los dolores de la vida cotidiana, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y en una sola alma y juntos alcancen su perfección humana.

Es un amor total, esto es, una forma singular de amistad personal con la cual los esposos comparten generosamente todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas. Quien ama de verdad a su propio consorte, no lo ama sólo por lo que de él recibe sino por sí mismo, gozoso de poderlo enriquecer con el don de sí.

Es un amor fiel y exclusivo hasta la muerte. Así lo conciben el esposo y la esposa el día en que asumen libremente y con plena conciencia el empeño del vínculo matrimonial. Fidelidad que a veces puede resultar difícil pero que siempre es posible, noble y meritoria; nadie puede negarlo.

El amor entre esposos es un amor fecundo, que no se agota en la comunión entre ellos, sino que está destinado a prolongarse suscitando nuevas vidas. "El matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole. Los hijos son, sin duda, el don más excelente del matrimonio y contribuyen sobremanera al bien de los propios padres" (*Humanae Vitae*). Según el designio de Dios, el matrimonio es el fundamento de la comunidad más amplia de la familia, ya que la institución misma del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y educación de los hijos, en los que se encuentran su coronación.

En su realidad más profunda, el amor es esencialmente don y el amor conyugal, a la vez que conduce a los esposos al recíproco conocimiento que les hace una sola carne, no se agota dentro de la pareja, ya que los hace capaces de la máxima donación posible, por la cual se convierten en cooperadores de Dios en el don de la vida a una nueva persona humana. De este modo los cónyuges, a la vez que se dan entre sí, dan más allá de sí mismos a la realidad del hijo, reflejo viviente de su amor, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable del padre y de la madre.

Al hacerse padres, los esposos reciben de Dios el don de una nueva responsabilidad. Su amor paterno está llamado a ser para los hijos signo visible del mis-

mo amor de Dios, del que proviene toda paternidad del cielo y de la tierra.

Sin embargo, no se debe olvidar que incluso cuando la procreación no es posible, no por esto pierde su valor la vida conyugal. La esterilidad física, en efecto, puede dar ocasión a los esposos para otros servicios importantes a la vida de la persona humana, como por ejemplo la adopción, las diversas formas de obras educativas, la ayuda a otras familias, a los niños pobres o minusválidos.

Sólo teniendo conocimiento pleno de este amor que Dios nos regala a cada instante, y en especial de aquello que Dios quiere realizar en nosotros, los matrimonios, familias, la Diócesis, la ciudad, el país, el mundo va encontrar su sentido, su significado pleno, porque lo que se necesita no es dinero, no son los bienes materiales, a nuestras comunidades lo que nos hace falta es amor, entrega. Sólo desde aquí edificaremos el mundo, que mejor que aprender esto desde el hogar, desde el matrimonio.

Vemos que esta problemática no es sólo de este momento en que vivimos, sino que viene desde hace mucho tiempo. La Diócesis de Lurín Lima-Sur ya ha dado una respuesta a esta necesidad y la empezó con el nacimiento del programa "Somos Pareja" (SOPA).

El programa "Somos Pareja" nació el año 1994 bajo la dirección del entonces como exigencia de la catequesis familiar en la Parroquia "El Niño Jesús" de Ciudad de Dios - Pamplona Alta, distrito de San Juan de Miraflores, Lima Sur (en ese entonces el distrito de San Juan de Miraflores pertenecía a la Arquidiócesis de Lima).

La mayor preocupación fue ofrecer una experiencia que estuviera al alcance de todas las parejas, de modo que las dificultades económicas no fuera nunca pretexto para mantener descuidado el amor conyugal.

Su mayor deseo de SOPA es vivificar el amor de las parejas que pasan por problemas serios en su relación, es ayudarlos a buscar una salida adecuada con miras de fortalecer el compromiso adquirido con Dios en el matrimonio. Como sabemos la vida en pareja es difícil, se pasa por muchas pruebas, tropiezos y además bien es cierto que nadie nos enseña a ser padres. Por eso, el programa básicamente es testimonial, es decir desde la experiencia de vida de parejas que han sabido superar sus tropiezos a partir de un reencuentro con Dios, se comparten vivencias para el bien del matrimonio y la familia.

CONCLUSIÓN

En su última carta encíclica el Santo Padre Benedicto XVI nos dice que es el “AMOR” la clave y la respuesta a todos los problemas y dificultades existentes en el mundo de hoy. Por esta razón, he querido centrarme en el amor, pero el amor de pareja, “el matrimonio”. El título escogido no son sólo palabras, sino que expresa este gran amor que Dios nos tiene y que quiere compartir con nosotros y que va más allá del dinero y las dificultades, además encierra en sí una alianza fuera de lo sensible, y de este mundo en el que vivimos.

Empiezo mostrando la situación actual de mi Diócesis y de cómo entienden el matrimonio, sé que esta realidad no es muy lejana a otras Diócesis; luego me centro en que la solución no la encontramos en métodos, ni fórmulas, sino en Cristo, en su palabra, en el amor, la entrega, el compromiso, no somos nosotros sino Él quien salva, quien sana.

Ya para terminar, reflexiono sobre el programa “Somos Pareja” y su fundador. ¿Por qué lo menciono?

Porque este programa me ayudó, ayudó a mi familia y al matrimonio de mis padres cuando pasó por problemas difíciles, casi divorcio. Personalmente, me ha enseñado a reconocer que Dios actúa siempre, me ha enseñado a reconocer el amor, el verdadero amor, además fue uno de los factores para el sí que le doy al Señor, mi Señor, a la vocación al sacerdocio para la cual me preparo.

Doy gracias a Dios ante todo por la vida, por salvar el matrimonio de mis padres que gracias a él siguen juntos pese a los problemas y dificultades; gracias a la profesora, por esta oportunidad brindada para realizar este ensayo el cual me está ayudando a fortalecer la vocación a la cual me llama el Señor, el Sacerdocio.

Me encomiendo a las oraciones de todo aquel que lea este ensayo, que oren para que sea fiel, fuerte a esta vocación, ya que mantenerse no es nada fácil y sobre todo para alcanzar la santidad que es lo que necesitamos. Necesitamos Sacerdotes Santos, que tengan un corazón a la medida de Jesucristo Dios y Señor de Señores.